



ACADEMIA ROMÂNĂ
INSTITUTUL DE CERCETĂRI SOCIO-UMANE
„C. S. NICOLĂESCU-PLOPȘOR”, CRAIOVA

GRUPUL DE ISTORIE CULTURALĂ (GRISCU)

HISPANIA FELIX

**Revista rumano-españolă
de cultura y civilización de los Siglos de Oro**

IV

VIAJE, CIUDADES Y ESPACIO

**Luis Alburquerque y Oana Andreia Sâmbrian
(eds.)**

**Editura SITECH
Craiova, 2013**

LA CREACIÓN DE LA IMAGEN LITERARIA DEL TAJO EN LOS RELATOS DE VIAJEROS

María RUBIO MARTÍN
Universidad de Castilla-La Mancha

El río ha sido una imagen propicia para la creación de símbolos. Filósofos, poetas, escritores, pintores, músicos, etc., han explorado y expresado durante siglos la variedad de su universo imaginario. Heráclito convirtió al río en metáfora temporal del transcurso de la vida, una metáfora de cuya universalidad hablaron las *Coplas* manriqueñas o los versos excepcionales de Borges. Si para Manrique nuestras vidas son ríos que van a dar a la mar, para Borges somos el agua, no la que reposa sino la que se pierde. Obras tan dispares como *El Danubio* de Claudio Magris, las *Canciones y baladas del Paraná* de Rafael Alberti, o los *Campos de Castilla* de Machado bañados por el Duero, sin olvidar la multitud de refranes y proverbios, son muestras desde la “alta cultura” hasta la sabiduría popular de su riqueza simbólica y su versatilidad estética. Se puede afirmar, por lo tanto, que la literatura ha consagrado a las arterias de agua dulce y a los seres vivos que dependen de ellas en uno de los símbolos de mayor alcance universal.

Pero más allá de su valor simbólico el río es también un accidente geográfico móvil, real generador de vida y de nuevos discursos. Los ríos a lo largo de la historia han delimitado fronteras, han vertebrado países y hasta continentes, han promovido el desarrollo de una región, y han perfilado los contornos de muchas ciudades. Y la imagen que proyectan no deja de ser el conjunto de todas las miradas posibles que se han posado sobre ellos: la estética de quienes lo contemplan desde el *yo*, la pragmática de quienes ven en sus aguas una fuente de recursos naturales, y la crítica de quienes ven en la utilización

de sus recursos hídricos un reflejo de la buena o mala gestión de los bienes del país.

Desde esta ambivalencia, la de ser a la vez realidad y símbolo, este trabajo se propone analizar la presencia del Tajo en algunos textos de viajeros por España, con el objetivo de indagar sobre el origen y la construcción de la imagen literaria del río ibérico, comparable en muchos aspectos a la imagen plástica proyectada por pintores como El Greco o Zuloaga. Así, de la misma manera que resulta difícil deslindar visualmente la imagen del Tajo a su paso por Toledo de las obras de estos pintores, también es difícil desvincularla de tópicos y adjetivos que la tradición literaria ha acuñado y consolidado desde hace ya más de veinte siglos.

Los viajeros que han visitado la Península Ibérica a lo largo de la historia han contribuido sin duda con sus escritos a la construcción de la imagen del río Tajo desde una mirada ajena que lleva aparejada en muchas ocasiones una valoración crítica más allá de la mera mención geográfica o del juicio estético. Pero este, en manos casi siempre de los poetas, no puede deslindarse tampoco de la imagen más pragmática que proyecta el río. Un recorrido por estos textos demostrará hasta qué punto cada época ha fijado sobre el río Tajo diferentes miradas. En la Antigüedad clásica los geógrafos e historiadores vieron el Tajo como la línea divisoria fundamental en sus descripciones geográficas; en el Siglo de Oro los poetas identificaron sus orillas como *locus amoenus*; los viajeros ilustrados, de pluma más crítica y comprometida, encontraron en el río un reflejo de los males y del retraso secular que han caracterizado a España; y en el XIX, con el Romanticismo, la imagen del Tajo se vio envuelta en el velo de la ensoñación tan propia del paseante solitario.

1. El nacimiento literario del Tajo

Para encontrar las primeras referencias al río Tajo en documentos literarios²⁸ hay que remontarse a dos clases de textos que han alimentado directa o indirectamente la literatura viática: las historias y geografías por una parte, y los textos encomiásticos por otra. La primera clase corresponde a la literatura historiográfica y geográfica, cultivada por griegos, latinos y árabes desde la Antigüedad clásica. En estos textos los autores, por distintos motivos, dejaban constancia de su saber científico acumulado a lo largo de sus viajes y reflexiones. Desde entonces estas obras se han convertido en fuentes documentales imprescindibles para el conocimiento de lugares, y, de manera singular, para el estudio de la construcción y proyección de su imagen. Conviene recordar que, a pesar de su pretendida objetividad, dicha imagen traspasaba muchas veces los límites de la realidad, pues, arrastrado por la fuerza del deseo, la imaginación o incluso la ignorancia, el presunto viajero –ante la imposibilidad de

²⁸ El corpus de textos manejado en esta ocasión no pretende ser exhaustivo aunque sí representativo. Por *literatura* se entenderá en esta oportunidad tanto los escritos de carácter intelectual como los de creación artística. Sólo se han considerado aquellos textos en los que la alusión al Tajo va más allá de la simple mención nominal y/o que aporten nuevas noticias. Para la referencia de autores y obras se han seguido las recopilaciones de Raymond Foulché-Delbosc, *Bibliographie des voyages en Espagne et Portugal*, París, Welter Editeur, 1896, Arturo Farinelli, *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX. Divagaciones bibliográficas*, Madrid, Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, 1920, y la recopilación de José García Mercadal: *Viajes de extranjeros por España y Portugal: desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo XX*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1999. De este último se han extraído algunos de los textos citados cuyas fuentes originales no se han podido consultar. Las referencias a dichos textos se harán citando autor, volumen y página.

recorrer todos los lugares descritos- se veía obligado a reproducir lo visto y contado por otros, incurriendo, por ello, en exageraciones, cuando no en sorprendentes errores fáciles de detectar por el lector contemporáneo. Así, de la misma manera que el relato de Ctesias de Cnido (s. V a. C.) fue determinante en la configuración de la imagen mítica de la India (García Moreno, Gómez Espelosín, 1996: 11-18), existen numerosas obras en las cuales se ha ido forjando una primera imagen del Tajo a partir de la cual se ha perfilado la imagen universal que hoy tenemos del que desde hace más de veinte siglos fue conocido como el *aurífero* río.

Como muestra y paradigma de este primer grupo de textos contamos en el siglo I con el Libro III de la *Geografía* de Estrabón dedicado a la Península Ibérica. Estrabón es sólo un ejemplo de los numerosos autores clásicos que desde Polibio hasta Plinio iniciaron desde la descripción geográfica la construcción de la imagen del río Tajo²⁹. En esta obra ya se encuentran varias menciones al Tajo que aportan una primera descripción física del recorrido del río, especialmente detallada en su desembocadura en Portugal. A lo largo de esta obra el Tajo aparece como la línea que permite al geógrafo establecer fronteras y ubicar gentes y ciudades. Pero también hallamos en ella valiosos datos referidos a su caudal, posición, recorrido, navegabilidad, las riquezas en frutos y ganado que generan sus aguas, y sobre todo las alusiones al oro y plata que su caudal proporciona, hecho por el cual será conocido como el *aurífero* río. Uno de los traductores de la obra de Estrabón al castellano, Juan López, ya se fijó en este dato y en su edición de 1787 daba cuenta de las fuentes literarias que han conducido a la

²⁹ Fue Polibio el primero en estudiar la Península Ibérica en toda su extensión. Su obra, hoy perdida, se ha transmitido a través de otros autores, entre ellos Estrabón. Para rastrear las fuentes clásicas de estas descripciones remito a la lectura de L. Pérez Vilatela, *Lusitania. Historia y etnología*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2000.

fijación de este calificativo con el que se ha identificado tempranamente al Tajo. Entre dichas fuentes destaca las de Plinio y Ovidio³⁰.

El Tajo como río portador de oro fue lugar recurrente en la literatura clásica latina a partir del siglo I a. de C. Fernández Nieto ha estudiado su trayectoria, y atribuye a Catulo la primera mención. A esta luego se sumarían las de Ovidio, Marcial, Estacio, Silio Itálico, Plinio, Claudio Claudiano, Solino y San Isidoro. El uso reiterado del adjetivo *aurífero* acompañando la mención del río Tajo en los versos de los poetas podría hacer pensar que nos encontramos ante un tópico más proveniente de la literatura clásica para referirse a la riqueza y abundancia. Fernández Nieto se aleja de esta interpretación para defender que esa unión responde ante todo a un hecho histórico y real: el Tajo, en su curso inferior, transportó oro. Y ese hecho reportó tantas ganancias para quienes se beneficiaron de él durante la conquista romana como fama le dio a Hispania (Fernández Nieto, 1970: 245-246).

Siguiendo el modelo trazado por Estrabón, otro geógrafo, Sheriff Aledris (Muhammad Al-Edrisi), conocido como el *Nubiense*, escribió en el siglo XII una descripción de España, “mútula e inexacta” según Josef Antonio Conde, su traductor y editor español. El método de Aledris es el imitado generalmente por otros geógrafos árabes y persas. Aporta ya distancias en millas y referencias etimológicas sobre el nombre latino del río. Pero lo más destacable en este punto es quizás la utilización retórica del río, tal como se comprueba en las descripciones en tono laudatorio de las villas de Talavera y Toledo, en las que ya se alude, además de a la fertilidad de las tierras, a la intervención humana sobre el río, una práctica

³⁰ *Libro III de la Geografía, que comprende un tratado sobre España antigua, traducido del latín por Don Juan López*, Madrid, viuda de Ibarra e hijos, 1787, p, 23, n. 21.

habitual en textos posteriores. En uno de los fragmentos nos encontramos con la siguiente descripción de la ciudad de Toledo:

La villa de Toledo, al oriente de Talavera, es una capital no menos importante por su extensión que por el número de sus habitantes. Fuertemente asentada, está rodeada de buenas murallas y defendida por una ciudadela bien fortificada. Está situada sobre un cerro y hay pocas villas que se puedan comparar con ella por la solidez y la altura de sus edificios, la belleza de los alrededores y la fertilidad de sus campos, regados por el gran río llamado Tajo. Se ve allí un acueducto muy curioso, compuesto de un solo arco, por debajo del cual las aguas corren con una gran violencia y hacen mover, en la extremidad del acueducto, una máquina hidráulica que hace subir las aguas 90 estadales de altura [...]. Los jardines que rodean a Toledo están regados por canales, sobre los cuales hay establecidas ruedas de rosario destinadas al riego de las huertas, que producen en cantidad prodigiosa frutos de una belleza y una bondad extraña. Se admira desde todos lados las bellas posesiones y los castillos fortificados (Aledris, 1799: 179-180).

También Abulfeda (Ismael Imad-Ab-din-al-Ayubi), geógrafo árabe del siglo XIII, es autor de una *Geografía* que incluye la descripción de España. Esta obra, más parca en adjetivaciones, tiene para el lector el atractivo de intercalar algunos errores sorprendentes en cuanto a distancias, nombres y situaciones como el que sitúa a Lisboa a un lado del río Guadiana. En otra ocasión, el autor desconoce el nombre del río que atraviesa Toledo, al que por otra parte menciona en varias oportunidades (Mercadal: 203-204, 207). También

resulta curioso que cite unos versos en los que se pondere la belleza de Toledo gracias al Tajo y luego se omita (¿por descuido?) el nombre del río que pasa por Toledo o Santarem.

La segunda clase de textos pertenece al género retórico *epidíctico* o *demostrativo* dedicado a la alabanza o vituperio, en el que ocupa un lugar destacado en las retóricas la descripción de regiones y ciudades. La retórica clásica establecía el patrón a partir del cual se debía elaborar y presentar ante el lector la descripción. De esta manera, Menandro el Rétor, en el siglo IV, en el primero de sus dos tratados atribuidos de retórica epidíctica (Menandro el Rétor, 1996) dedicado al encomio de regiones y ciudades, ya destacaba en uno de los tópicos la abundancia de agua y la fertilidad de sus tierras como elementos claves en la determinación final del placer o utilidad tanto de regiones como de ciudades. En este contexto discursivo, la aparición del Tajo en los escritos forma parte de la alabanza de ciudades siguiendo el modelo retórico ya comentado. El Padre Frey Nicolao D'Oliveyra, autor del *Livro das grandezas de Lisboa* (D'Oliveyra, 1620), es un claro ejemplo de ello. Dedicó, tal como establecen los cánones retóricos, los capítulos III y IV del Tratado I de su obra a los principales ríos del reino, entre ellos el Tajo, y a la fertilidad de sus tierras.

Estos textos confirman la primera hipótesis de que el nacimiento literario del río Tajo, lejos de ser fruto del azar, descansa sobre la existencia de modelos retóricos concretos como son las geografías y los discursos demostrativos, ambos sujetos a fórmulas y esquemas prefijados y de uso regular.

Pero más allá de epítetos, metáforas y comparaciones, el curso del Tajo es, como recordó Marañón en su “Meditación del Tajo”, la “arteria que enlaza las dos civilizaciones y transmite de una a otra sus jadeos, sus desmayos y sus delirios” (Marañón, 1983: 43). Además de unir en su recorrido los territorios de España y Portugal, más allá de cualquier

oportunidad política, y al margen del eterno debate abierto por la utilización de sus recursos hídricos, el Tajo penetra y define la silueta de grandes ciudades cuyo perfil ha quedado definitivamente vinculado al transcurso de sus aguas. Así, Lisboa y Toledo, pero también Villa Franca de Xira, Abrantes, Santarem, Talavera o Aranjuez, no se pueden ya pensar sin la presencia del río ibérico y la huella antropogénica trazada en sus riberas y jardines, tal como atestiguan los textos que se mencionarán a continuación.

2. Origen y declive de la fama.

2.1. Primeras noticias de viajeros modernos.

Uno de los principales motivos del viaje a la Península Ibérica, además del realizado por los casos ya apuntados de geógrafos e historiadores de la Antigüedad clásica, es la peregrinación a la tumba del apóstol Santiago; de ahí que el Tajo por su situación geográfica no sea río frecuentado o mencionado en los relatos de los viajeros medievales. Habrá que esperar a que las rutas se extiendan a otros lugares más extremos de la Península o persigan otros objetivos, como las visitas a los centros del saber como eran las ciudades de Córdoba, Granada o Sevilla, o embajadas de príncipes cristianos.

El ocaso de la Edad Media en España va a coincidir con la sustitución de las descripciones físicas del río por las menciones en las que el Tajo es nombrado ya sin presentación alguna gracias al renombre adquirido. Así, por ejemplo, si en el *Viaje del noble bohemio León de Rosmithal de Blatna por España y Portugal hecho del año 1465 a 1467*, entremezclados con algunas anécdotas y aspectos culturales, el autor aporta aún escasos y escuetos datos del Tajo “que nace en Castilla y corre por Portugal, desembocando en Lisboa” (Rosmithal:

264), el *Viaje por España y Portugal (1494-1495)* de Münzer, el más interesante viaje por España de la Edad Media a juicio de Farinelli, ya presenta claros síntomas de la fama del río a los que añade, como será costumbre, la condición de *aurífero*:

En este recorrido desde Lisboa a Santarem muy fecundo en todo y principalmente en aceite, vino, sal en la costa como no hay nada más que desear. Santarem está situada en la orilla del aurífero y famoso río Tajo, que es mayor que el Mein por Francfort, y la riega hasta desembocar en aquel brazo de mar. ¡Oh, qué fecundo es verdaderamente todo aquel lugar, en vino de la mejor clase, aceite y otros frutos! (Münzer, 1991: 189)

Años más tarde, y en pleno Renacimiento, entre la numerosa serie de embajadores que visitan la Península por motivos políticos, Andrea Navagero, embajador de Venecia, relata en 1525 un viaje por España en el que manifiesta una curiosidad extrema por todo lo que se refiere a monumentos, noticias arqueológicas, costumbres, jardines, fuentes, árboles..., y también por el río Tajo. A él se refiere cuando describe la ciudad de Toledo. Su atención se detendrá significativamente en el sistema de riegos, árboles frutales, y huertos (*Viaje por España*, 1983: 18-21).

En 1542 será el portugués Gaspar Barreiros, erudito hombre de iglesia, el que, tras un viaje por España, deje ya clara constancia de la fama del río: “Más, tornando al río Tajo, volveré de otras nuevas lamentaciones, porque no sé si sus arenas de oro, por causa de lo que fue siempre de los poetas celebrado e ilustrado con el epíteto de Aurífero,...” (Barreiros, 1542: 148). En términos muy semejantes se expresa también Camilo Borghese al referirse al Tajo como “el famoso y el río regio que desemboca en el mar de Lisboa” (Borghese: 632). En

ambos casos resulta imposible negar la sustitución de las fuentes geográfica e histórica por las literarias pues por esa época ya eran conocidos popularmente gran parte de los poetas que con sus versos encumbraron la fama del Tajo, sólo igualada por la del Guadalquivir.

2.2. La voz de los poetas.

Comprobamos, pues, que la construcción de la fama del río Tajo no se debe únicamente al eco de las noticias y comentarios más o menos espontáneos de los viajeros que visitaron la Península en las postrimerías de la Edad Media y el Renacimiento, sino de manera relevante, como ya se intuía en algunas citas precedentes, a las voces de los poetas que a partir del temprano epíteto difundido por Catulo y Marcial lo convirtieron en lugar deleitable siguiendo los modelos que la tradición clásica estableció para la construcción del paisaje ideal o *locus amoenus*. Y así apareció en los versos y la prosa de los literatos españoles más renombrados.

Las orillas del río Tajo a su paso por la ciudad de Toledo fueron lugar de esparcimiento, punto de encuentro y testigos de cuitas amorosas protagonizadas por los personajes de Cervantes, Lope de Vega o Tirso de Molina entre otros muchos³¹. Como explica Curtius, “los ideales de casta y de vida que se tenían en la tardía Antigüedad, en la Edad Media, el Renacimiento y el Siglo XVII se reflejaron en los esquemas de la tópica panegírica. La retórica reproduce siempre la imagen del hombre ideal; del mismo modo dejó también establecido, para miles de años, el paisaje ideal de la poesía”

³¹ Antonio Martín Gomero en su obra *Los cigarrales de Toledo. Recreación literaria sobre su historia, riqueza y población*, Toledo, Imprenta y librería de Severiano López Fando, 1857, hace un recorrido por todos los escritores y obras que han utilizado directa o indirectamente los espacios relacionados con el río Tajo a su paso por la ciudad de Toledo.

(Curtius, 1989: 263). La poesía griega ya fijó las bases de esta naturaleza ideal, moradas de ninfas pero también espacio placentero elegido por los hombres en el que no falta la sombra, los árboles, las fuentes, arroyos y ríos, a los que muchos añadían el canto de las aves, los colores de las flores y el soplo de la brisa.

Esta naturaleza será parte del escenario de la poesía bucólica y amorosa. Pero la escenografía literaria no es una creación puramente ficcional sino que corresponde a un espacio real cuya creación se remonta a la época en la que los romanos construyeron en las riberas del Tajo palacios, jardines, huertos y hasta mecanismos artificiales para canalizar sus aguas. Ningún poeta como Garcilaso de la Vega encarna mejor esa transformación literaria del espacio real. Por su estrecha relación personal con la ciudad de Toledo convirtió al Tajo y sus orillas en uno de los más claros exponentes del paisaje ideal clásico. En este sentido es paradigmática la octava 8 de su *Égloga III* en la que el poeta, en una exaltación de los sentidos, dibuja los perfiles del escenario donde va a tener lugar la acción. Reduciendo los elementos que la retórica señalaba como integradores del paisaje ideal (fuentes, huertos, jardines, aires puros, flores y cantos de las aves), Garcilaso se concentra en la frondosidad y sonoridad del lugar:

Cerca del Tajo, en soledad amena,
de verdes sauces hay una espesura,
toda de hiedra revestida y llena,
que por el tronco va hasta el altura
y así la teje arriba y encadena,
que el sol no halla paso a la verdura;
el agua baña el prado con sonido,
alegrando la hierba y el oído.

La fuerte carga idealizante de estos famosos versos es puesta en evidencia por el Barón de Davillier cuando en su *Viaje por España*, ilustrado magistralmente por Gustave Doré, expresa con una buena dosis de ironía el choque con la realidad, rompiendo definitivamente el encanto del lugar. La escena es un claro ejemplo de cómo la visión del Tajo se articula constantemente en el doble plano de la realidad y el símbolo:

Tenemos que confesar que, cuando llegamos nosotros a las felices orillas del Tajo, nada había allí que nos recordara esta poética descripción. En lugar de la verde pradera, sólo encontramos una tierra líquida humedecida por las amarillentas aguas del río, y en la que, ¡oh realidad! en vez de las ninfas vimos un rebaño de negros puercos retozando (Doré, 1988: 132).

La presencia del Tajo en la poesía áurea española, si no abrumadora, no deja de ser significativa si la comparamos con la de otros ríos peninsulares a excepción del Betis. Además de los numerosos ejemplos que amplían y enriquecen la idealizada escenografía de reconocidas resonancias clásicas, es también muy frecuente encontrar menciones puntuales al río en poemas de circunstancias de calidad irregular en los que el poeta celebra acontecimientos por encargo de personalidades notables. En todos ellos desaparece la carga ficcional propia del proceso idealizador para dar paso únicamente a una referencia espacial real. El Tajo, como el Tormes u otros ríos también presentes, es sólo un elemento más del espacio urbano.

Pero el uso más repetido que encontramos en la mayoría de los poetas y que equipara en importancia, fama y belleza al Tajo con otros grandes ríos de la geografía universal como son el Ganges o el Danubio, gira en torno a tres recursos, todos ellos de larga tradición en la poesía áurea: como término

de comparación hiperbólica dada la fama alcanzada por el río, como tópico ponderativo mediante el cual expresa el poeta su dolor: “Tú, rey de ríos, Tajo generoso [...] / mi llanto con que creces y estás rico: / vean siquiera mis lágrimas sus ojos.” (Sonetos de Cancionero, 1950: 38), y como objeto de personificación por el cual el río asume diversos papeles en la acción.

Más interesante, y también de larga tradición literaria, es el proceso de tematización del río por el cual se convierte en el confidente de las cuitas amorosas de poetas y pastores. Este recurso, muy trabajado por Garcilaso y Lope de Vega, asume la tradición petrarquista reflejada en los primeros versos de la *Canción II* de Boscán:

Claros y frescos ríos
que mansamente vais
siguiendo vuestro natural camino;
[...]
Oídme juntamente
mi voz amarga, ronca, y tan doliente.

Por último hay que aludir el proceso de humanización/ personificación del río por el cual éste adopta un papel en la acción tal como encontramos en la “Profecía del Tajo” de Fray Luis de León, donde el Tajo se dirige al rey godo profetizando la destrucción de España por la invasión de los moros:

Folgaba el Rey Rodrigo
con la hermosa Cava en la ribera
del Tajo, sin testigo;
el pecho sacó fuera
el río, y le habló desta manera:
[...]

Si las ciudades de Lisboa, Toledo o Aranjuez no pueden desvincularse del rastro que dejan en su diseño las aguas del Tajo, la presencia del río ibérico en estos textos es también un reflejo claro y sintomático de cómo nos vieron los viajeros que visitaron España. Su identificación como *lugar deleitable* por los poetas renacentistas o la insistente mención en todas sus variables a sus *auríferas* aguas son elementos que se repiten con generosidad en muchas obras literarias pero no son los únicos motivos referidos al río. Junto a ellos se irá filtrando en determinadas épocas un discurso mucho más crítico.

2.3. El declive de la fama.

Hay todavía un factor estrechamente vinculado a la historia del río ibérico no mencionado hasta el momento cuya repercusión se ha sentido durante siglos y ha sido la causa de la fama pero también de su declive: la intervención del hombre sobre la naturaleza a través de dos grandes proyectos para la utilización del Tajo. En primer lugar el ingenio humano aplicado a unas obras de ingeniería hidráulica que representaron en su momento un gran desafío técnico y cuya fama perdura hasta nuestros días y, en segundo lugar el intento continuado de hacer navegables sus aguas, aspectos ambos que serán objeto de admiración aunque también para que muchos viajeros acusen a los españoles de perezosos o ignorantes a causa del desinterés que mostraron ante semejantes oportunidades de progreso, tal como se denuncia abiertamente desde las filas ilustradas.

A comienzos del siglo XVII, el belga Jehan Lhermite escribe unas curiosas e imprescindibles memorias sobre la base de las impresiones, descripciones y anécdotas reunidas durante su estancia en España acompañando a Felipe II y Felipe III. El 20 de mayo de 1596 llega a la ciudad de Toledo, donde permanecerá durante casi tres meses debido a la enfermedad

del monarca. Cuenta el belga que durante ese tiempo tuvo ocasión de informarse de algunas cosas curiosas y antiguas que a su juicio son dignas de admiración, entre ellas el ingenio hidráulico de Juanelo Turriano, "una de las cosas más raras y admirables que es posible ver alguna vez y en todos los días de nuestra vida", en el que se detendrá en varias ocasiones. Juanelo Turriano llegó a España en 1529 y cinco años más tarde, en 1529, se instaló en la capital imperial como relojero de Carlos V. Su fama y prestigio hicieron que se le encargara la construcción de un mecanismo que permitiera subir el agua del Tajo hasta la ciudad. Después de atravesar no pocas dificultades que pasaron por retirarle la dirección de las obras, el italiano pudo retomar el proyecto hasta su conclusión. De su magnificencia hablaron todos los que desde entonces tuvieron noticia de él. Unos de los primeros y más directos testimonios lo encontramos en las páginas de Lhermite:

Que yo sepa, el ingenio hidráulico es uno de los más extraordinarios que jamás ha podido crear el entendimiento humano, tanto por su industriosa invención como por los grandes gastos que ocasiona, y sólo por eso debe ser considerado una de las obras reales, dado que todos los años cuesta su mantenimiento más de 3.000 ducados, y el beneficio que aporta no es otro que el de proveer a la casa real (que aquí llaman Alcázar) de agua, tanto para el servicio de las cocinas y cuadras como también para la bebida ordinaria del pueblo. Podemos considerar esta agua, después de haber reposado en cisternas, la mejor con diferencia y la más delicada que puede beberse en España, pues viene del mismo río Tajo y por su calidad es bastante famosa. No doy aquí ninguna ilustración de este ingenio porque hasta ahora no he conseguido encontrarla, pero no pierdo la esperanza (Lhermite, 2005: 283).

Ya a punto de concluir el relato de su viaje, Lhermite vuelve a lamentarse de no haber podido consultar el proyecto o representaciones fidedignas mediante las cuales transmitir al lector una idea aproximada del portento de la máquina (Lhermite, 2005: 535-536). Hay que decir que, transcurridos más de 400 años desde entonces, seguimos sin tener constancia cierta de cómo fue realmente el artilugio cuyo conocimiento sólo ha sido posible gracias a descripciones y citas indirectas como la que nos proporcionó Lhermite y otros muchos viajeros en los que ya encontramos claros síntomas de cómo la admiración ante tal prodigio de la técnica se transforma en crítica apasionada por la dejadez y pereza de los españoles al no haber sido capaces de aprovechar todo el potencial técnico del invento³².

A medida que avanza el siglo XVII el Tajo será el pretexto utilizado por muchos viajeros extranjeros para lanzar una de las críticas más abiertas y tempranas a los españoles. Ésta se debe a la pluma de Francisco Bertaut, quien en 1659 acompañó al mariscal De Gremont en su viaje a España con motivo de la petición de mano de María Teresa de Austria para Luis XIV. En la relación de su viaje dedicó duras palabras a la escasa utilización de los recursos hídricos en España donde los únicos sistemas de regadíos rentables, los de la Vega de Granada, se deben a los árabes:

El Tajo podría llevar barcos hasta Toledo, pero no vienen allí por la negligencia de los españoles y por el trabajo que les cuesta resolverse a trabajar, porque me dijeron allí que Felipe II emprendió el hacer venir un

³² En los últimos años han visto la luz importantes trabajos destinados a la reconstrucción del modelo del ingenio. En este sentido conviene citar al menos el de Francesc Xavier Jufre García, *El artificio de Juanelo Turriano para elevar agua al Alcázar de Toledo (S. XVI)*, Madrid, Fundación Juanelo Turriano, 2008.

barco desde Lisboa hasta Aranjuez, y lo consiguió, aunque con mucho trabajo. Ha dejado también arruinar la más hermosa máquina del mundo, que en otro tiempo hacía llegar el agua del Tajo hasta lo alto del Alcázar. El edificio por donde el agua subía está aún completo en pie; pero por mucha diligencia que puse no logré entrar dentro. Por la figura del edificio, que es una galería que va reptando, creí que se trataba de un tornillo de Arquímedes, a partir de la bomba que hacía mover una rueda que está en el río, desde donde dicen que hay 500 escalones hasta lo alto (Bertaut: 411).

Pero en las mismas fechas el Tajo despierta también en quienes nos visitaron momentos de admiración y sorpresa no exentos tampoco de la nota amarga. Si Lisboa y Toledo pasan por ser las ciudades irremediabilmente unidas al Tajo, Aranjuez va a ser para muchos viajeros el lugar más privilegiado de España. En una de las cartas que la Señora de Villars escribió en su viaje por España en 1680 leemos lo siguiente:

Desde mi última carta hemos hecho un pequeño viaje a la sola casa que tiene el Rey de España cuando quiere por algún tiempo dejar la morada de Madrid. Se llama Aranjuez. Pasa aquí por la maravilla del mundo. La situación por las aguas es de las más bellas; y si el señor Le Notre encontrase una semejante, lo que en ella podría hacer sería, en efecto, una maravilla. El jardín, que es grande, está rodeado por dos ríos, el uno es el Tajo y el otro el Guadarrama [por Jarama]. He ahí dos grandes nombres; pero me he visto engañada por toda mi vida por esos nombres famosos ¿No tenéis una alta idea del Tajo? Y el Manzanares, ¿no ha conmovido alguna vez vuestra imaginación, como algún agradable río? El Tajo es más grande, pero, en cambio, su agua no

es clara. De todos modos, hay que decir la verdad: ese jardín para España es agradable por la cantidad de fuentes y de árboles que allí hay; porque nada es tan raro en este país como los bosques, por la sequedad del clima (Mercadal, III: 686).

Aunque tratándose de literatura epistolar, las páginas más mordaces y críticas se las debemos a la inquietante Madame D’Aulnoy. En su *Relación del viaje de España* son varias las oportunidades en las que se refiere al Tajo y su fama, que es presentado, no sin cierta ostentación, como el río cuyas aguas han surcado “los más grandes galeones y los más hermosos barcos del Océano” (D’Aulnoy, 2000: 181). Durante su estancia en Toledo critica la escasez de fuentes en la ciudad lo que obliga a bajar hasta el Tajo para traer de allí el agua, algo que es incómodo y supone un gran atraso para la ciudad. También se hace eco, en su visita al Alcázar, de una máquina que era maravillosa antes de que se estropeará y que servía para sacar el agua del Tajo y hacerla subir hasta lo alto del Alcázar, y aporta datos útiles para su conocimiento:

El edificio se conserva entero, a pesar de que hace varios siglos que fue hecho. Hay que bajar más de quinientos peldaños hasta el río. Cuando el agua había entrado en el depósito, corría por canales hasta todos los rincones de la ciudad donde había fuentes. Era muy cómodo, pues ahora hay que bajar casi trescientas toesas para ir a buscar el agua (D’Aulnoy, 2000: 305).

Mucho más ácida se muestra en la crítica ya reiterada al carácter perezoso de los españoles que frenaba ya por entonces cualquier posibilidad de desarrollo del país. Así, por ejemplo, la incapacidad para hacer navegables los grandes ríos, entre ellos el Tajo, cierra las puertas de nuevas relaciones

comerciales y de comunicación, por no mencionar la comodidad que representaría para los habitantes:

Los dos puentes de piedra que atraviesan el río, son muy altos, muy anchos y muy largos. Si quisieran trabajar un poco en el Tajo, los barcos llegarían hasta la ciudad y supondría una gran comodidad, pero son por naturaleza perezosos ni siquiera consideran la utilidad del trabajo y no se molestan en emprenderlo (D'Aulnoy, 2000: 305).

Con la Ilustración se acentúa un discurso más racional y científico que prevalecerá sobre el de la mera observación. Es el momento en el que muchos jóvenes viajeros pertenecientes a la aristocracia se desplazan por Europa en compañía de preceptores y arropados por la formación cultural obtenida en sus estudios. Los viajeros se detienen, entre otros aspectos, en las formas de intervención del hombre sobre la naturaleza y desde esta óptica muestran curiosidad e interés por la ingeniosa máquina que permitió en otros tiempos trasladar agua del Tajo a los habitantes de Toledo, o por los proyectos de canalización que, como ya se ha comentado, desde los tiempos de Felipe III se han sucedido sin mucho éxito.

Esteban de Silhouette, ilustrado francés, versado en literatura y ministro de Hacienda, nos dejó de su paso por España y Portugal un interesante relato (Silhouette: 574-651). En él se presenta como viajero de la Ilustración y desde esa posición introduce una reflexión sobre la condición de viajero nada usual en este tipo de obras. En el libro dedica varias páginas al paso del Tajo por Lisboa y Santarem que son un claro ejemplo de la mirada ilustrada sobre el río. Desde la erudición de quien mucho ha leído, consigue en cada lugar que recorre detectar los acontecimientos que han marcado el curso de la historia. Se refiere de nuevo a la posibilidad de hacer

navegable el Tajo y también a la famosa máquina “ingeniosamente inventada”, desde donde se distribuía el agua a los toledanos. Pero esta máquina está rota y no han trabajado para arreglarla, lamentará el viajero (Silhouette: 633).

Un discurso semejante lo encontramos en un texto de 1765 que contiene la experiencia política, histórica y moral de un viajero anónimo que visitó España en la segunda mitad del siglo XVIII. En él arrecian las críticas a los gobernantes españoles, incapaces de explotar las posibilidades de regadío del Guadiana y del Tajo, a los que se les abandona a la naturaleza sin intervenir (Mercadal, V: 45-105). Alude a los proyectos, entre ellos hacer navegable el Tajo desde Aranjuez hasta las fronteras de Portugal, pero se ha tomado al proyecto como alta traición, puesto que era hacer navegable un río que conducía al estado enemigo. Al igual que otros viajeros, más amable se muestra con el río a su paso por Aranjuez: “Es el triunfo del arte y la naturaleza. El Tajo es llevado bajo las ventanas del palacio donde forma la más bella cascada que haya en el mundo” (Mercadal, V: 108).

Juan Francisco Peyron, en su *Nuevo viaje a España hecho en 1772 y 1773*, y el Barón de Bourgoing en *Un paseo por España durante la Revolución Francesa*, también se detendrán en la “máquina ingeniosísima imaginada por Juanelo, natural de Cremona; estaba compuesta de varias cajas de plomo o de hierro batido, unidas unas a otras, y que tenían su base en el Tajo...” (Peyron: 340) y el proyecto y realizaciones de canales en Aranjuez.

3. Visiones románticas del Tajo

Me detendré por último en lo que desde nuestro punto de vista representa la conclusión de la construcción literaria del río Tajo: la visión romántica del río, estrechamente vinculada a la imagen proyectada de la ciudad de Toledo por viajeros y escritores, como ciudad pintoresca y romántica por excelencia,

tal como la definió Davillier en 1868 (Doré). El Romanticismo construye una nueva imagen de la ciudad imperial y la convierte en un destino de peregrinación. Viajeros como Théophile Gautier, siguiendo las huellas de Prosper Mérimée, Alexandre Dumas, Antoine Latour, Charles Davillier, Gustave Doré, Richard Ford, George Borrow, Christian Andersen o Edmundo de Amicis, por citar sólo una muestra, nunca excluyeron de su recorrido ni del relato posterior, la ciudad de Toledo. Sus testimonios apuntan una nítida fractura con el relato ilustrado. La impresión es más espontánea y pronto se impregnará de matices subjetivos y emocionales. El viajero romántico se mueve entre la ensoñación de un mundo idealizado con altas dosis de exotismo y el choque con una realidad que no siempre respondía a sus expectativas. Y el Tajo jugó un papel importante en la creación de este *Toledo pintoresco*, como fue calificado y descrito por Amador de los Ríos en 1845.

Pocos textos sintetizan de manera más evidente este sentir romántico como el de Maurice Barrés *El Greco o el secreto de Toledo*, obra clásica de la literatura europea de viajes por España, y tantas veces recordada por Marañón y Azorín, donde el paisaje de Toledo y la ribera del Tajo se tornan en los dos parajes más ardientes y tristes del mundo:

Quien los visite no tiene ya que contemplar al grave joven, al *Pansieroso* de la capilla Médicis, y también puede prescindir de la biografía y de los *Pensamientos* de Pascal. El sentimiento mismo que ha encontrado su realización en estas grandes obras solitarias le henchirá, si se abandona a la trágica aspereza de estas magnificencias destrozadas sobre las rosas insignes.

Tal fondo de paisaje nos transporta por fuerza a una visión general de la naturaleza y a esa filosofía de conjunto, que es necesario conservar cuando nos

entregamos a la voluptuosidad de aprehender las sutilezas del pensamiento.[...] Apenas caídos en el aire luminoso, los primeros sonos de una malagueña, la naturaleza y nuestra alma se enderezan, florecen. Toledo y las orillas del Tajo se convierten en una zarza ardiente (Barrès, 2007: 510).

La influencia de España en Maurice Barrès fue decisiva para configurar su pensamiento, y la ciudad de Toledo fue utilizada para proyectar sus ideas más profundas y decadentes. Toledo fue para Barrès la ciudad inspirada, cruce de múltiples civilizaciones a través de los siglos y el “objeto idóneo de contemplación, espacio privilegiado capaz de despertar en el yo multitud de sensaciones cargadas de pasado” (Porras Medrano, 1999: 16) tal como intentó inmortalizar Ignacio Zuloaga en 1913 en *Barrès ante Toledo*.

Pero el verdadero alcance de las palabras de Barrès puede percibirse mejor si las enfrentamos a las de otro gran viajero, Richard Ford, uno de los famosos “curiosos impertinentes”, nombre con el que eran conocidos los viajeros ingleses del siglo XIX. Llega a Sevilla en 1831 y desde allí recorre todo el país a lomos de un caballo. De este periplo surge uno de los relatos viajeros más originales considerado como la primera guía turística de nuestro país. Las rutas CI y CII de la obra, dedicadas al trayecto entre Madrid, Toledo y Aranjuez, incluyen unas interesantes y nada inocentes visiones del Tajo que no son ajenas al discurso crítico a través del cual el autor construye para los posibles viajeros y lectores ingleses la imagen de España y de los españoles, definidos como perezosos, ignorantes e indígenas. Leyendo muchas de sus páginas -tan alejadas del sentir romántico- resulta difícil no recordar las cartas de Aulnoy. El inglés recurre a las punzantes observaciones de la viajera francesa, junto a una extensa nómina de fuentes y escritores, para reforzar sus propias

impresiones, no siempre favorables al carácter español. Así, por ejemplo, a propósito del Tajo y los numerosos proyectos de hacerlo navegable, no duda, a pesar del carácter divulgativo de la obra, de mencionar las fuentes más importantes. El texto siguiente confirma lo dicho y, si no fuera por el tono coloquial de sus palabras, podríamos retrotraernos fácilmente a la Ilustración:

Sería fácil hacer al Tajo navegable hasta el mar, y entonces, con el Jarama conectando Madrid con Lisboa y facilitando la importación de productos coloniales y la exportación de vino y granos, España recibiría más beneficios que con diez mil cartas o constituciones de papel. Estas obras han sido proyectadas por muchos extranjeros, mientras los toledanos se limitaban a escuchar perezosamente. De esta manera, en 1581, Antonelli, natural de Nápoles, y Juanelo Turriano, milanés, propusieron el proyecto a Felipe II, que era entonces el amo de Portugal, pero no había dinero, la historia de siempre, porque los ingresos se gastaban en traer y llevar reliquias y en construir el inútil Escorial, y no se hizo nada, aparte de excursiones en barco y odas al “prudente y gran rey”, que *iba* a llevar a cabo la obra, “haré, haré, haré”, porque aquí se prefiere el futuro al pretérito. El proyecto dormitó hasta 1741, cuando otros dos extranjeros, Julio Martelli y Luigi Carduchi, incitaron en vano a Felipe IV, quien poco después de perder Portugal no tardó en olvidarse del Tajo. Pasó de esta manera otro siglo, y Richard Wall, irlandés, se ocupó de la idea en 1755, pero Carlos III, ocupado en librar guerras francesas contra Inglaterra, estaba sin dinero contante. El Tajo, desde entonces, ha seguido su curso por su lecho rocoso, como un indómito caballo berberisco, riéndose de los toledanos que, soñolientos,

pensaban en lo imposible a lo largo de sus orillas, invocando a Brunel, Hércules y Rothschild, en lugar de arrimar ellos mismos el hombro a la tarea.³³

Desde esta perspectiva, no resulta raro leer que la ciudad de Toledo “es una ciudad del pasado. Cuando se la ve desde lejos, nada resulta más impresionante, pero su meollo está podrido” (Ford, 2008: 190). En su descripción de Toledo no pasa desapercibida la constante presencia del Tajo, “que parece hervir al pasar por la hendedura o tajo de la montaña, la rodea, ciñéndola, dejando solamente una vía de acceso por el lado de tierra, que está defendida por torres y murallas moras.” (Ford, 2008: 190)

La combinación de arte y naturaleza es uno de las claves que determinan lo pintoresco para los románticos europeos y aquí el Tajo es una pieza central al ser cómplice de la sublimación experimentada por el viajero romántico y formar parte de la escenografía vital e interior. Las siguientes

³³ Richard Ford, *Manual para viajeros por España y lectores en casa. Madrid y Castilla. III*, Madrid, Turner, 2008, pág. 199-200. El texto continua aportando gran profusión de datos cuya documentación consiguió el autor una vez finalizada la estancia en España: “En 1808, la idea fue planteada de nuevo por Francisco Javier de Cabanes, que había estudiado en Inglaterra nuestro sistema de canales y coches e introdujo las diligencias en España, publicando también un estudio de todo el río; este folio titulado *Memorias sobre la navegación del Tajo*, Madrid 1829, parece el libro azul de alguien que hubiera descubierto las fuentes del Níger, tan semejantes a un desierto son las zonas despobladas e incultas que se extienden entre Toledo y Abrantes. Fernando VII, en vista de ello, promulgó un aprobatorio decreto de papel y así terminó la cosa, porque sus decretos llenan 18 gruesos volúmenes, aunque Cabanes ya se había puesto de acuerdo con la empresa Wallis and Mason para la maquinaria. Recientemente, el proyecto ha vuelto a la vida gracias a nuestro amigo Bermúdez de Castro, un caballero inteligente que durante su larga residencia en Inglaterra ha absorbido la iniciativa y la energía del extranjero. “Veremos”, porque la esperanza es buen desayuno, pero mala cena, como dice Bacon.”

palabras de Théophile Gautier en su *Viaje a España* de 1840 son prueba de ello:

Después de haber pasado la Puerta del Sol, uno se encuentra en una especie de terraza desde la que se puede gozar de una vista muy extendida. Desde allí se descubre la Vega con grupos de árboles y franjas de cultivos que deben su frescor al sistema de riego introducido por los moros. El Tajo, atravesado por el puente de Alcántara, discurre con rapidez sus aguas amarillentas, y rodea casi por entero la ciudad en uno de sus repliegues. En la parte baja de la terraza parecen parpadear ante los ojos los tejados pardos y relucientes de las casas y de los campanarios de los conventos y de las iglesias, con azulejos de color verde y blanco dispuestos en forma de tablero de damas. Más allá aparecen las colinas rojas y las escarpaduras descarnadas que forman el horizonte de Toledo. Esta vista tiene de particular que está enteramente privada del ambiente y de esa neblina que, en nuestra tierra, baña siempre las perspectivas amplias. La transparencia de la atmósfera deja toda su nitidez a las líneas y permite discernir el más mínimo detalle a unas distancias considerables (Gautier, 1998: 188).

El *Viaje por España* de Doré y Davillier recoge gran parte de las impresiones de los viajeros ya mencionados y su detallada y rica descripción de Toledo y su río recuerda en muchos aspectos a las ya conocidas³⁴.

³⁴ “La navegación del Tajo, abandonada hoy en España, era floreciente en el siglo XVI. El rey Felipe II segundo, nuestro señor –dice Medina-, ha mejorado mucho a este río haciéndolo navegable hasta Toledo, donde vienen a abordar barcos cargados de mercancías”. Desde esta fecha se han hecho diversas tentativas para restablecer la navegación en el Tajo, pero

En 1862, Hans Christian Andersen visitó España y en el relato que luego escribió declara su innegable admiración por España, a pesar de momentos amargos y alguna decepción muy propia del espíritu romántico. Desde sus magníficas dotes de observador, y envueltos en una fina ironía, van apareciendo pequeños apuntes sobre la “pintoresca y caballeresca ciudad de Toledo” -la comarca es mejor que su fama, afirma en una ocasión-, Aranjuez, a quien compara con Dinamarca por la frondosidad, los canales y lagos, y el Tajo, muy parecido al Tíber por el color amarillento de sus aguas:

Cruzamos el profundo abismo por el puente de Alcántara; en lo hondo rugía arrolladora el agua amarillenta. [...] Desde la terraza [del Alcázar] se disfruta de la vista sobre las ruinosas murallas de la ciudad hasta el Tajo, enturbiado por los escombros de puentes y edificios allí vertidos; los molinos de agua con sus muros mohosos parecen haber llegado hasta allí arrastrados por la corriente, cuya fuerza amenazadora amenaza con seguir arrastrándose hacia abajo (Andersen, 2005: 301-302).

Otra viajera, María Bashkirtseff, visita España en 1881, y nos deja unas representativas muestras de lo que es el sentir romántico. El viernes, 14 de octubre, escribe su impresión de Toledo: “Toledo está en alto, como una ciudadela, y cuando se mira desde allí el campo y el Tajo se asemeja a ciertos fondos inverosímiles de Leonardo da Vinci y de Velázquez” (Mercadal, VI: 455).

sin resultado. Hace cuarenta años, Francisco-Xavier de Cabanes publicó una obra con el título *Memorias sobre la Navegación del Tajo*. Pero el proyecto, que ha sido estudiado de nuevo más recientemente, no ha pasado de serlo. Sería muy deseable que se utilizara esta vía natural, que pondría a Toledo y a Madrid en comunicación con el Océano.” *Op. cit*, p. 132.

No sería justo cerrar este apartado sin mencionar al menos una de las deudas contraídas por España con los viajeros románticos: la aparición, ya en el siglo XX, del hispanismo, que permitió hacer una valoración de la cultura española desde otros contextos europeos. Fueron las páginas impresionistas de los románticos las que despertaron un renovado interés por revisar el presente y el pasado de la península. Los nuevos visitantes del siglo XX, influidos por cuanto se había dicho, y lejos de limitarse a reproducir lo que otros ya habían contado, llegan a España con una actitud más analítica mediante la cual sometieron a revisión las caducas observaciones de los viajeros precedentes. Y la nueva mirada sobre España pasaba por un conocimiento más profundo -alentado por el entusiasmo romántico- no sólo de lugares sino también de los aspectos que conforman la identidad cultural. Como muy bien recoge González Troyano:

Cobró vida así la necesidad de mirar a España de otra manera, de recorrerla de otra forma, observando a sus gentes, leyendo sus obras clásicas, investigando en sus archivos, aireando la calidad de su pintura y reinterpretando su historia a la luz de criterios más recientes. Todo esto supuso establecer un nuevo campo de conocimiento, en el que había que indagar con mayor rigor. Este campo, el del hispanismo, contaba con un buen potencial de lectores franceses a los que había que satisfacer con libros, pero también con colaboraciones en una buena serie de revistas dispuestas para esa labor, entre ellas la muy significativa *Revue des deux mondes*, en la que se publicarían, por primera vez – en forma de artículos, cartas o entregas por capítulos- los que luego serían los grandes libros fundacionales del hispanismo francés. Tendencia que, casi por esas mismas fechas, también va a darse en el

ámbito inglés, con las publicaciones de Richard Ford y Washington Irving, y otro tanto podría añadirse del alemán, con Nicolás Böhl de Faber (González Troyano, 2006: 13).

Para concluir se puede proponer inicialmente la existencia de tres pilares sobre los que se ha construido la imagen literaria del Tajo que, como ya ha quedado apuntado, se articula en el doble plano de la realidad y el símbolo. Estos pilares serían el *retórico*, gracias al cual se establecen las bases para las primeras descripciones del río ibérico; el *poético*, que permite la configuración de un espacio ficticio de clara raigambre clásica, y el *dialéctico*, por medio del cual el deficiente aprovechamiento de los recursos y posibilidades del río Tajo es un claro motivo para canalizar y reforzar las duras críticas que históricamente se han vertido sobre España.

BIBLIOGRAFÍA

ALEDRI, Sheriff (1799), *Descripción de España*, con traducción y notas de D. Josef Antonio Conde, Madrid, Imprenta Real, en Mercadal vol. I: 171-199 (Muhammad Al-Edrisi).

AMADOR de los RÍOS, José (1845), *Toledo pintoresca*, Madrid, Ignacio Boix.

ANDERSEN, Hans Christian (2005), *Viaje por España*, Madrid, Alianza Editorial.

BARREIROS, Gaspar (1542), *Corografía de Algunos Lugares*, en Mercadal, II: 117-214.

BENASSAR, Bartolomé (1997), “Tan amados bandidos”, *Spagna contemporánea*, 12 (23-30).

BENASSAR, Bartolomé et Lucile (1998), *Le voyage en Espagne. Anthologie des voyageurs français et francophones du XVI au XIX siècle*, París, Editions Robert Laffont.

BERTAUT, Francisco, *Diario del viaje de España hecho en el año 1659 en ocasión del tratado de la paz*, en Mercadal, III (391-523).

BORGHESE, Camilo, *Diario de la relación del viaje de monseñor Camilo Borghese auditor de la Rev. Cámara de Roma en España enviado a la Corte como nuncio extraordinario del Papa Clemente VII el año 1594 al Rey Felipe II*, Mercadal, II (617-640).

BOTELLA LLUSIÁ, José y FERNÁNDEZ DE MOLINA, Antonio (coords.) (1999), *Marañón en Toledo (Sobre Elogio y nostalgia de Toledo)*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.

BOURGOING, Barón de, *Un paseo por España durante la Revolución Francesa*, en Mercadal, V (443-575).

CANTERA, Jesús, 2002, “Los viajes a España y la ficción”, en M. Boixareu y R. Lefere (coords.), *La Historia de España en la Literatura Francesa. Una fascinación...*, Madrid, Castalia (453-467).

CURTIUS, Ernst Robert (1989), *Literatura europea y Edad Media Latina*, 2 vols., Madrid, Fondo de Cultura Europea.

CHUECA GOITIA, Fernando (1999), “El Tajo, obsesión permanente de Toledo”, en José Botella Llusia y Antonio Fernández de Molina (coords.), *Marañón en Toledo (Sobre Elogio y nostalgia de Toledo)*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha (39-45).

D’AULNOY (2000), *Relación del viaje de España*, Madrid, Cátedra.

D’OLIVEYRA, Frey Nicolao (1620), *Livro das grandezas de Lisboa*, Lisboa, Jorge Rodríguez.

DORÉ, Gustavo- DAVILLIER, Jean Charles (1988), *Viaje por España*, Madrid, Grech.

FARINELLI, Arturo (1920), *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX. Divagaciones bibliográficas*,

Madrid, Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas.

FERNÁNDEZ NIETO, Francisco Javier (1970), “Aurifer Tagus”, *Zephyrus* 21(245-259).

FORD, Richard (2008), *Manual para viajeros por España y lectores en casa. Madrid y Castilla III*, Madrid, Turner.

FOULCHÉ-DELBOSC, Raymond (1896), *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*, París, Welter Editeur.

GARCÍA MERCADAL, José (1999), *Viajes de extranjeros por España y Portugal: desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo XX*, Salamanca, Junta de Castilla y León.

GARCÍA MORENO, Luis A. y GÓMEZ ESPELOSÍN, F. Javier (eds.) (1996), *Relatos de viajes en la literatura griega antigua*, Madrid, Alianza Editorial.

GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, Carlos (2003), “Notas para un estudio historiográfico de los viajeros por España y Portugal durante los siglos XV al XVII”, en M. B. Villar García y P. Pezzi Cristóbal (eds.), *Los extranjeros en la España Moderna*, tomo II, Málaga, Ministerio de Ciencia y Educación (281-290).

HERRERO, Isabel y GOULEMOT, Jean Marie (2002), “Relatos de viajes e imágenes francesas de España”, en M. Boixareu y R. Lefere (coords.), *La Historia de España en la Literatura Francesa. Una fascinación...*, Madrid, Castalia (309-326).

JIMÉNEZ, Dolores (2002), “Viajes a España a la francesa”, en M. Boixareu y R. Lefere (coords.), *La Historia de España en la Literatura Francesa. Una fascinación...*, Madrid (203-213).

LATOUR, Antoine de (2006), *Études sur l'Espagne*, Paris, Michel Lévy Frères, 1855, trad.: *Sevilla y Andalucía. Estudios sobre España*, introducción de Alberto González Troyano, Sevilla, Renacimiento.

LHERMITE, Jehan (2005), *El Pasatiempos. Memoria de un gentilhombre flamenco en la corte de Felipe II y Felipe III*, edición de Jesús Sáenz de Miera y traducción de José Luis Checa Cremades, Madrid, Doce Calles.

- MARAÑÓN, Gregorio (1983), *Elogio y nostalgia de Toledo*, Madrid, Espasa-Calpe.
- MARTÍN GAMERO, Antonio (1857), *Los cigarrales de Toledo. Recreación literaria sobre su historia, riqueza y población*, Toledo, Imprenta y librería de Severiano López Fando.
- MARTÍNEZ GIL, Fernando (2007), *La invención de Toledo. Imágenes históricas de una identidad urbana*, Ciudad Real, Almud Ediciones.
- MENANDRO EL RÉTOR (1996), *Dos tratados de retórica epidíctica*, Madrid, Gredos.
- MÜNZER, Jerónimo (1991), *Viaje por España y Portugal (1494-1495)*, Madrid, Polifemo.
- NAVAGERO, Andrea (1983), *Viaje por España del Magnífico mice Andrea Navagero (1524-1526)*, Mercadal, II: 13-62, Madrid, Turner.
- PÉREZ VILATELA, Luciano (2000), *Lusitania. Historia y etnología*, Madrid, Real Academia de la Historia.
- PEYRON, Juan Francisco, *Nuevo viaje a España hecho en 1772 y 1773*, en Mercadal, V (236-441).
- PORRAS MEDRANO, Adelaida (1999), “Toledo o el secreto de Maurice Barrès”, *Téleme. Revista Complutense de Estudios Franceses*, núm. 14 (11-22).
- RÍOS, Amador de los (1845), *Toledo pintoresco*, Madrid.
- ROSMITHAL DE BLATNA, León de, *Viaje del noble bohemio León de Rosmithal de Blatna por España y Portugal hecho del año 1465 a 1467*, en Mercadal, I (243-285).
- SANZ CAMAÑES, Porfirio (2004), “La España del Quijote vista por los extranjeros”, *CLM. Economía*, 5, (291-314).
- SILHOUETTE, Esteban de, *Viaje de Francia, de España, de Portugal y de Italia del 22 de abril de 1729 al 6 de febrero de 1730*, en Mercadal, IV (574-651).